

LA PLAZA del VAPOR

POR FEDERICO VILLOCH

P

RIMERO con la clausura de la antigua estación de Ferrocarril de Villanueva, y después con la total desaparición del mercado de abasto que ocupaba todo el centro del edificio, en una

sólida y bien distribuida armazón de hierro, «La Plaza del Vapor» puede decirse que ha perdido por completo su primitiva y peculiar fisonomía y, desde luego, la animación y el especial ambiente que la hacía uno de los sitios más característicos y pintorescos de la Habana. Hoy no es más que un vasto caserón de vecindad, con baratillos y modestos establecimientos en sus portales y habitaciones para familias en la planta alta del edificio. En toda la isla sonaba y era conocida La Plaza del Vapor de la Habana. A ella acudían en animadas y bulliciosas caravanas los campesinos, apenas desembarcaban en la Estación de Villanueva. En ella dejaban la mitad del contenido de aquellos toscos portamonedas de cuero que se usaban, y en los que se apelotonaban en apretados «burujones» los billetes de banco y algunas que otras relucientes monedas de oro: centenes alfonosinos, primero, y, después, menuditos marties de a cinco dólares.

No había feria que se le igualase en animación durante los días de Pascuas. Puede decirse que se codeaban todas las clases sociales en la antigua Plaza del Vapor, en una atmósfera de espontánea y sincera democracia, que aún no había sido viciada por los malsanos vapores que un día iban a hacerla ficticia y preñada de hostilidades. Los escritores de costumbres de la época, entre los que sobresalían Francisco de P. Gelabert, aquí en la Habana, y Fernando Romero Fajardo, en Matanzas, aprovechaban para sus artículos los diálogos llenos de color y comicidad.

La Plaza del Vapor era un Arca de Noé donde se encontraba de todo. Cada rincón tenía su puesto; y cada puesto, su especialidad. Sería curioso escribir una vieja postal de los cien y un artefactos que entonces eran imprescindibles en una casa de familia y que han ido desapareciendo de las vidrieras y puestos de la Plaza, anulados por el progreso en su incesante desarrollo, tales como los anafes portátiles, para calentar las planchas cuando por lo común se tenía la lavandera en la casa; los acordeones, cuando eran el instrumento musical doméstico de los humildes; los molinillos de café, cuando era corriente tostar y moler en casa el rico grano de Moka; los quinqués y las lámparas de mesa, cuando, a falta de gas, que resultaba costoso, era costumbre alumbrarse en los hogares pobres con luz brillante, o sea, aceite de carbón refinado; las palmatorias chatas de metal o loza, para el velón a la cabecera de la cama; las panzudas tinajas de barro rojo y las

66

frescas alcarrazas de Málaga, cuando se despachaba en cubas y agua de los manantiales de Vento, aún no captados por Albear, para su famoso acueducto; las barras de catre, casi siempre de sólida majagua, y los forros de trabada lona de Rusia, que les servían de cómodos y frescos bastidores, desplazados después por chirriantes y herrumbrosas colombinas americanas. El catre, una institución de aquella época que infinitas generaciones acataron, domándolo con sus cuerpos y trasportándolo, algunos, a sus hombros, desde el último cuarto a la sala u otros departamentos, en aquellas casas de fabricación colonial rudimentaria. Decíase corrientemente: «Después de cerrada la puerta de la calle, a las diez de la noche, cada uno carga su violón».

El catre halló su triste epílogo, como al fin lo tienen hombres y cosas en este mundo, en los primeros años de la República, cuando, al trasladarlo a hombros su dueño, de uno a otro domicilio, como básico componente de su equipaje, la gente callejera le gritaba en son de anatema: —¡Agua! ¡Agua!

Manolo Saladrigas, el popular autor de «Guanabacoa la Bella», estrenó en «Alhambra», allá por el 1905 o el siguiente, un sainete titulado «La Plaza del Vapor» que gustó mucho. Tipos nacidos y desarrollados en su seno tenía La Plaza del Vapor un buen número de ellos: el yerbero, el vendedor de estampas sagradas y oraciones del Justo Juez, vendedores de guirras, para sacarle el jarabe, medicina infalible para los enfermos del pecho, y, entre los que más se recuerdan, un negrazo alto como una torre y fuerte como un trinquete, que se ocupaba en cargar y llevar de un lado a otro sobre la cabeza, grandes canastas atestadas de viveres y frutos menores, marchando con un paso rítmico, mientras gritaba:

—¡Jiá! cuidao alante!... ¡Jiá! cuidao alante!... ¡Jiá! cuidao alante!...

Y «Buchito», un descendiente de una antigua rica familia criolla, venida a menos, gorrón alcohólico que empezaba su ronda de cantina en cantina desde las primeras horas del día, pidiéndole a todo el mundo que le pagara un «Buchito», con lo que a las dos de la tarde tenían que llevarse al vivac para que durmiera la «mona». Se escribió una pieza bufa titulada «Buchito en Guanabacoa».

El progreso, con la facilidad y prontitud de las comunicaciones, ha influido, como se sabe, poderosamente en las costumbres. Para trasladarse el campesino de su casa a la ciudad necesitaba antes una serie de pasos y molestias que le hacían prevenirse para el viaje, como los musulmanes con sus fardos y camellos al emprender sus peregrinaciones a la Meca. Primero se dirigía a la estación ferrocarrilera del pueblo, en cuyo andén tenía que

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

esperar para embarcarse, a veces, hasta dos horas; una, por haberse adelantado él a la natural de la llegada del tren; y otra, por haberse retrasado éste a su vez, como de costumbre, en su llegada a la estación, con lo que ya es de suponerse los llantos y majaderías de los muchachos y las impaciencias de los mayores, traducidas en imprecaciones y reniegos.

—Dígame, don Gualdalmacén, ¿a qué hora viene el tren de las cuatro?

La llegada a la capital era otro problema por el estilo; excepto la elección de fonda, y hospedaje, puesto que todos iban a tiro hecho a las que, desde generaciones atrás, habían elegido sus antepasados; «La Perla de Cuba»; «El Hotel Cabrera»; «La Reguladora» etc., etc. de donde, después de una copiosa comida, emprendía la familia, en fila india, la inevitable caminata Calzada del Monte arriba, Calzada del Monte abajo, hasta la caída de la tarde, abastecida la chiquillería de pitos y caramelos chorreando miel; las muchachas, de descomunales abanicos y frascos de «Agua Florida»; las mamás, de mantas de abrigo y cortes de vestidos de repintados percales; y los papás y los hijos mayores, cada cual con una torre de dos y tres sombreros de jipijapa, superpuestos en la cabeza.

Al llegar a este punto, y aunque nos apartemos del motivo de esta vieja postal, van a permitirnos nuestros lectores que hagamos una digresión con sus ribetes de filosofía barata. No en vano se dice que los extremos se tocan: he aquí que el extremo atraso ha venido a tener al cabo de los años su contacto con el extremo progreso: no se envanezcan, pues, los modernistas, que, en una u otra forma, todo vuelve. Aquellas antiguas «diligencias» de que tanto nos hablaron en Europa, Merimé, Larra, Mesonero Romanos, etc. y aquí en Cuba, el Lugareño, Suárez y otros costumbristas, haciéndonos sonreír piadosos a causa de sus molestias y atrasos, han venido a verse reproducidas en los Omnibus Automóviles

Todavía recordarán los descoloridos de

los años 80, 81, etc, aquellas panzudas berlinas que salían de la acera del café «Marte y Belona», para el Calabazar, Santiago de las Vegas, el Wajay, etc., tiradas por parejas de rollizas mulas, y tampoco habrán olvidado por la misma fecha aquellos landós y carretelas de lujo que acostumbraban, después de las seis de la tarde, apostarse junto a la cerca de madera del patio de Villanueva, hasta bien pasada la media noche; vestidos los cocheros a la usanza parisiense, o sea, gran levitón de casimir carmelita oscuro y chistera gris de paño, los cuales vehículos usaban las familias pudientes que iban a las óperas de Tacón para trasladarse, terminadas aquellas, a las entonces lejanas barriadas del Cerro, Jesús del Monte y el Carmelo.

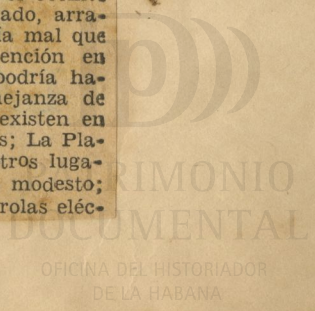
¿Qué diferencia existe entre aquellas «paradas de postas» y estas «plazas y aceras», de donde parten para su recorrido las diligencias de hoy? Ambos caparachones rodantes son casi lo mismo, o con muy escasa diferencia; y sin ninguna, desde luego, sus ocupantes o viajeros. Dice Mesonero Romano describiendo la partida de una diligencia de Madrid, del año

1837: «colócanse maletas y sombrereras por los empleados en los departamentos que les pertenecen; las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda se abren, en fin; y todos los viajeros, puestos sus abrigos y gorras, van tomando posesión de sus respectivos asientos; los adioses y los encargos se cruzan en todas direcciones; y al decir el mayoral «¿Hay más?», suena el reloj la hora; ciérranse las puertas; restalla el látigo; y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento». Un siglo después escribiríamos: «Acomodados ya maletas y lios, ábrense las portezuelas; los pasajeros ocupan sus respectivas butacas, afianzándose gorras y bufandas; se cruzan los adioses, y al preguntar el chofer—«¿Listo?»—contesta el conductor—«¡Dale!»—ronca la gasolina bajo el capó; suena el claxon; y arranca la inmensa mole haciendo estremecerse el pavimento con el roce de sus potentes llantas de goma». Si; hay no obstante una diferencia: la diligencia llega al término de su ruta entre el alegre cantar de sus zagales, el cascabeleo de las colleras y el creciente chachareo de los ocupantes; el ómnibus suele precipitarse de cabeza

Y volvamos a La Plaza del Vapor, de la que nos hemos alejado bastante. Entre los establecimientos que ocupaban la planta baja existían, y muy pocos de ellos se conservan, la popular librería de Valdepares, tan visitada por los papás y estudiantes de aquella época para adquirir los libros de textos y por las beatas que allí se surtían de estampas sagradas y devocionarios; el café «Los Peces Vivos», siempre concurrido y donde rompía a sonar el piano a las cuatro de la tarde y ya no cesaba hasta la una de la madrugada, ofreciendo al público, ora selecta música clásica, ora guarachas y danzones populares con alegre acompañamiento de las cucharillas; la célebre fonda de «Panchón», donde los viajeros que venían de Guanajay y San Antonio por la mañana para irse por la tarde, se atiborraban de «carne con papas y lisa isleña», mediante la modesta suman de cincuenta centavos billetes del Banco Español de la Isla de Cuba—«camaroncitos»—hoy veinticinco centavos en plata del actual régimen; la famosa tienda de ro-

pa «La Maravilla»; la sastrería de los Prendes y otras por el estilo que surtían de «majaguas de pitiminí golpeado» a los Brummels de Govea, Candelaria, el Rincón, el aguacate etc., etc.; «La Charanga»; «La Gran China», que los asiáticos de la villa de Colón y otros pueblos del interior visitaban en gran número, y la peletería «La Gran Bretaña».

El patio central en que antes se levantaban las armazones de hierro del mercado, es hoy un placer yermo y polvoriento que recuerda en no pocos detalles el recinto de un cementerio viejo y olvidado, arrasado por la incuria. No parecería mal que el Ayuntamiento fijara su atención en esta plazoleta interior, donde podría haber un pequeño parque, a semejanza de los que en iguales condiciones existen en el antiguo Palais Royal, de París; La Plaza de Placio, en Barcelona, y otros lugares por el estilo. Un parquecito modesto; algunos bancos, unas cuantas farolas eléc-



tricas, una fuente en el centro; y no estaba de más el busto de un alcalde de aquellos días, el de Don Segundo Alvarez, por Ejemplo, que tanto hizo por el orden y las buenas costumbres de la Habana. Se recuerda su bando prohibiendo andar en camiseta por la calle; y otro en que se castigaba con severas multas aquellas ruidosas peloteras «personales» que solían entablar algunos carretoneros con las mulas que tiraban de sus respectivos carretones: «¡Arre mula!»; y etcétera, etcétera; ¡pero qué etcéteras!

La primitiva Plaza del Vapor, que en su mayor parte estaba fabricada de madera, fué devorada por un terrible incendio a mitad del pasado siglo, siendo inaugurada la nueva, que se construyó, con todos los adelantos de la época, con una solemne misa que se cantó en la nave central de hierro, a principios del año 1880. Aquel incendio dió lugar a que se fundara la famosa institución de los Bomberos del Comercio de la Habana. Se vió, con motivo de aquel fuego que amenazó extinguir la barriada entera, que la ciudad adolecía de un servicio de incendios adecuado a su importancia y numerosa población, corriéndose el peligro, si ello no se evitaba a tiempo, de que un día desapareciese la ciudad entera consumida por las llamas. Ante la falta de agua que se confronta de continuo en la actualidad y que también nos hace confrontar igual peligro, ¿no sería del caso llevar a efecto alguna resolución salvadora para evitarlo en su día? Desde luego que no es oportuno fundar otros Bomberos del Comercio, porque nunca segundas partes fueron buenas; pero sí debíamos contar siquiera con agua bastando para desempeñar su cometido.

Mucho se dijo y se escribió en los periódicos acerca del gran reloj con cuatro esferas que iba a instalarse en la torre que para el mismo se había levantado en lo alto de la fachada que da para la Calzada de la Reina. Pero pasaron los años, y ésta es la hora en que el tal reloj no ha dado la idem; optándose, al fin por tapiar los cuatro grandes huecos en que se iban a ajustar las dichas esferas y, desde luego, por guardarse alguien el dinero presupuestado para el caso. El enorme reloj desapareció en el fondo sin fondo de las malversaciones históricas, aquí tan en uso desde antiguo.

La nueva Plaza era amplia y ventilada, una monada que visitaban las mejores familias de la ciudad, como se visita un museo; se limpiaba y barría a manguerazos de agua dos y tres veces al día, cuando menos; y era suficiente y capaz para las necesidades de la población de entonces. Pero las ciudades caminan con el tiempo, y van dejando detrás costumbres, ideas y edificios. La Plaza del Vapor gozó de vida activa y próspera hasta el dos de Julio de 1918 en que, cumpliéndose la inexorable sentencia de que «esto

matará a aquello», por orden de la Secretaría de Sanidad fué clausurada en esa fecha para ser sustituida, en el abasto de la población, por el Mercado de la Calzada del Cerro, desde luego más moderno y de mayor cabida, aunque no más limpio. Actualmente, la antigua Plaza es un velusto caserón, cada día más abandonado, cuya sola misión consiste, al parecer, en vender de vez en cuando el premio gordo de la lotería nacional en algunos baratillos que ocupan sus portales. Así por su pasado como por su presente, motivos de sobra tiene para que se le recuerde con afecto. ¿Cuál sesentón de hoy no le dió más de una vez vueltas y más vueltas a la Plaza del Vapor, de muchacho, para comprar un juguete; de estudiante pobre, un reloj despertador o un palanganero barato; de maduro ya, y casado con poco sueldo, cristalerías o avíos de cocina, cuando los «tencenes» ni se habían prodigado aún en los E. Unidos?

La respuesta era sabida:
 —¿En dónde encontraré tal cosa?
 —En La Plaza del Vapor.

Mu. Jimenez 26/38